

Sin ahondar en este problema todo estudio será vano, deshuesado, e infantil. Las novelas de refinamiento, o con vistas a una psicología importada, de agua de colonia, han pasado casi todas inadvertidas. No han convencido ni a los mismos criollos que se ponen smoking y olvidan de quitarse los zapatos con taco alto.—*D. Melfi.*



## LUIS DURAND Y SU NOVELA PIEDRA QUE RUEDA

Hemos seguido con cariño la evolución literaria de Durand y debemos confesar que se ha superado constantemente. Este hombre de andar lento, de conversación tímida y confidencial, a quien sobrevivir parece costar ya un esfuerzo, no se creería dotado a primera vista del excedente de energías necesario para observar a la naturaleza y a los hombres, para descifrar los misterios recónditos de la psicología, para discernir en los actos de un personaje la parte que corresponde al instinto racial, a la costumbre colectiva, al temperamento individual. Las relaciones entre la conducta de un hombre y el medio natural y social, la transformación de un carácter a través de los episodios de una vida, la influencia de un carácter en los acontecimientos, parecen, para un observador superficial, cosas que exceden las preocupaciones de Luis Durand.

Sin embargo, este hombre sencillo y bondadoso se ha ido apropiando de todo con la mayor naturalidad. Cuando aparecieron sus primeros relatos de la vida rural, hubo quienes lo consideraron relegado al ambiente campesino, a sus poéticas descripciones del paisaje, a los pequeños dramas de la gentes humildes que viven adheridas al suelo, con sus trabajos rudos, sus pasiones silenciosas y tenaces que suelen aflorar en súbitas tragedias; sus extrañas supersticiones que tan pronto horrorizan su pensamiento como un nido de escorpiones o lo arrullan como un bordonear de

abejas, y que forman en conjunto su religión y su metafísica, su noción de lo desconocido. Pero Durand, siguiendo un ritmo natural, después de haber luchado en el campo ha pasado a la ciudad y ha entrado en ella como Pedro por su casa. Todo se ha entregado espontáneamente a este hombre sin pretensiones. Y tal vez su secreto consiste precisamente en la bondad de su alma, en la pureza de sus intenciones. Nada se interpone entre él y la vida, ni orgullos que deformen sus relaciones con el ambiente, ni tecnicismos o fórmulas literarias que marchiten la frescura de sus impresiones. Abraza a la vida como a una mujer desnuda, sin acordarse de cómo amaron otros para dar normas a su sensibilidad.

Durand sobresale en la evocación de tipos, escenas y paisajes vividos. Cuando extrae un trozo de vida de su experiencia propia, de su pasado innumerable, el milagro se cumple siempre: la página late henchida de emoción, las palabras respiran, los paisajes se acercan y en ellos circulan el agua y el aire, los personajes hablan y se mueven: principia a nuestros ojos la ronda fantástica de la vida. Hay en esta creación o recreación de la vida por medio de las facultades del artista algo que nos halaga profundamente. Tal vez en ello logra el hombre su más alta finalidad, evadiéndose de la realidad cotidiana y viviendo en el mundo maravilloso del pensamiento.

Piedra que Rueda (1) es la historia triste de una muchacha a quien la vida niega sus alegrías. Hija del amor, una sociedad mezquina de provincia la humilla. Separada de su madre, único ser que habría podido darle ternura, su adolescencia discurre al lado de la familia de su padre natural, donde una esposa y unas hijas orgullosas de su parentesco legítimo la maltratan y postergan. En aquel ambiente falso y egoísta, la pobre joven encuentra un consuelo engañoso para su orfandad afectiva en el amor de un oficial. En las noches, el oído de la joven se afina para escuchar

---

(1) Editorial Ercilla, 1934.

los pasos del amante que aguarda, y entonces su sensibilidad, aguzada por el amor, percibe en el mundo armonías que ignoraba.

Muchos escritores nos había referido el viento. Nos habían contado el viento heroico que choca en las montañas, aulla en los cajones y se atropella en los desfiladeros. Nos habían pintado el viento marino que empuja las olas, las naves y las nubes, y lleva a la tierra las turbulencias del océano. Los poetas nos habían descrito el viento que renueva las selvas y esculpe la faz del mundo con su esfuerzo invisible. Pero Durand nos trae un viento que no había soplado aún en nuestras letras. Le pertenece exclusivamente este venticello travieso, bonachón y melancólico que revuelve los aromas en el jardín y los cabellos de los ancianos que duermen; este airecillo intruso que se cuele por las rendijas y viola los secretos de los dormitorios y asusta a las ratas que medran en las despensas. Es suyo este viento municipal que sale en las noches a barrer los papeles olvidados en las aceras, y arrebatata, burlón, el sombrero a los transeúntes rezagados, este viento nocturno que infla la carpa del circo, el traje suelto del payaso, que levanta los faldones grotescos de la levita del tonny, que se detiene un momento en suspenso al ver a la hermosa acróbata que se lanza desde el alto trapecio a la red, como un pez dorado, y se va luego llevándose el comentario musical de los platillos estridentes. Este viento hogareño y pueblerino que recoge los ayes de los enfermos y las quejas del placer oculto en las alcobas, que golpea melancólico los postigos de las casas abandonadas, y se va luego al campo llevándose los rumores, los aromas, las alegrías y tristezas urbanas; este personaje grotesco, inquieto y múltiple, que a fuerza de estar en todas partes no es visto en ninguna, es un descubrimiento de Durand y debemos saludar su advenimiento con todos los honores que corresponden a su cotidiana majestad.

Si en Piedra que Rueda no hubiera más que esta rapsodia, esta sinfonía del viento humilde de todos los días y todas las noches, habría bastante, pero hay mucho más. Hay la tragedia

de una vida sacrificada a egoísmos y prejuicios familiares y sociales que la destruyen lentamente.

Luis Durand pinta la vida tal como es, con su ruda fuerza y su sencillez desnuda. Esta naturalidad, equilibrio y mesura de Durand, que da a sus obras el aspecto agradable de propósitos bien logrados, pueden ser un peligro para su futuro. Su buen gusto y su prudencia, que le permiten agradar fácilmente en una actitud discreta, pueden adormecer el instinto de superación que debe guiar al artista.

En el paisaje ha logrado Durand elevarse hasta la poesía. Sus panoramas no son masas inertes sino conjuntos de energías en acción. Ya lo vemos inquietarse por la conducta de sus personajes, y la parte dramática de sus obras se hará más intensa a medida que ahonde en la complejidad de los caracteres y los matices de las almas, que logre captar los rasgos de psicología colectiva y percibir la evolución general que preside los trabajos y los afanes de los hombres. Durand está llamado sin duda a escribir hermosas novelas cuando se levante sobre los detalles y observe desde lejos el conglomerado social, en que cada individuo trata de obtener el logro de sus apetitos y pasiones en pugna con los demás, cuando distinga en la sociedad, como en un vasto océano, las corrientes y marcas que rigen sus movimientos generales.—*David Perry B.*



LA VIDA DE SAVONAROLA, por *Ralph Roeder*. Empresa Letras, Santiago, 1934.

Fué para sus padres una sorpresa demasiado dolorosa la resolución de Jerónimo Savonarola, no obstante ser estos muy piadosos, de ingresar al Monasterio de Santo Domingo de Bolonia, a la temprana edad de veintidós años. Pero Jerónimo tenía razones precisas y diáfanas, las que expuso a su padre en